



REVISTA ÚRSULA N°2
(2018)

Eduardo Wilde: la mirada del “médico-político” y sus fisuras en *Prometeo & Cía.*

Agustina Miguens
(Universidad de Buenos Aires)

RESUMEN: A fines del siglo XIX en Argentina cobra protagonismo la figura del médico higienista, preocupado a la vez por cuestiones de salud pública y de política en general. Eduardo Wilde fue un prominente médico y político que respondía a esta tendencia y que, al igual que muchos escritores argentinos de su época, encontró en la escritura una ocupación secundaria. En este trabajo nos proponemos analizar cómo la mirada del médico-político se filtra en los escritos de Wilde mediante la irrupción de comentarios vinculados a los posicionamientos políticos del autor, la selección léxica, la estética naturalista de las descripciones y, también, a través de la antítesis vida/muerte que recorre los cuentos “Tini”, “La primera noche de cementerio” y “Páginas muertas” de la colección de relatos *Prometeo y Cía.*

PALABRAS CLAVE: Literatura Argentina, Eduardo Wilde, Figura de Autor, Medicina.

ABSTRACT: In Argentina at the end of the nineteenth century, the social hygiene movement rises in importance. Eduardo Wilde was a politician, intellectual and medical doctor who belonged to that movement and dealt both with public health issues and politics in general. Similarly to other Argentine writers of his time, he also wrote fiction as a secondary occupation. Our purpose in this work is to analyze how the point of view of the physician-politician slips into his texts through the lexical selection, the aesthetics of Naturalism, the insertion of political comments, and the antithesis life/death which is present in his short stories “Tini”, “La primera noche de cementerio” and “Páginas muertas” from *Prometeo y Cía.*

KEYWORDS: Argentine Literature, Eduardo Wilde, Author figure, Medicine.

Introducción

En los últimos años se observa un giro en los estudios literarios con respecto a la figura del autor. Después de que a fines de los años sesenta Barthes decretara la “muerte del autor” y Foucault estableciera su concepto de “función autor” en un intento de borrar la intencionalidad como eje de interpretación de toda obra y erigir, en su lugar, al autor como una operación del discurso, en la actualidad se ve la necesidad de repensar dicha figura. Esto no implica el retorno al biograficismo decimonónico, sino una reformulación del concepto que considera al autor como una entidad virtual producto de la escritura misma e inmersa



**REVISTA ÚRSULA N°2
(2018)**

en un contexto de producción particular. En palabras de Julio Premat: “escribir supondría construir un personaje o darle consistencia a una instancia virtual; en un “como si”, un hombre o una mujer se instalan en una posición progresivamente definida, la de autor/a” (314). Esta entidad funciona tanto como centro organizador de sus textos como efecto de ese mismo corpus textual: “El autor, paradójicamente, es a la vez el origen del texto y su producto; es un origen que sólo se define a posteriori” (Premat 314). La figura de autor responde a la relación dialéctica entre un individuo inserto en una sociedad, enfrentado a una serie literaria y posicionado frente a sus precedentes y contemporáneos, y la manera como esa sociedad piensa la individualidad. En esta encrucijada es que nos proponemos pensar la figura autoral del médico y escritor argentino Eduardo Wilde.

Este reconocido médico higienista destacó por sus intervenciones durante las grandes epidemias de cólera (1868) y de fiebre amarilla (1871) en Buenos Aires y luego por su participación política como diputado, ministro y diplomático, cargos desde los cuales influyó en el dictado de las leyes llamadas “laicas”, como la Ley 1420 de Educación y la Ley de Registro Civil, ambas sancionadas en 1884. A lo largo del siglo XIX el crecimiento de las ciudades y los brotes epidémicos productos del hacinamiento poblacional motivaron el surgimiento del higienismo, corriente dentro de la medicina que se preocupaba especialmente por el saneamiento del ambiente urbano. En este contexto: “adquirieron protagonismo los médicos higienistas quienes lideraron en buena medida el movimiento de pugna institucional en contra de los enemigos naturales y sociales del “ambiente urbano”” (Leandri 425), quienes conjugaban un interés por asuntos estrictamente médicos y otros de índole político-social.

En este trabajo se analizará la mirada del “médico-político” en la construcción de la figura o nombre de autor de Wilde, en relación con los cuentos “Tini”, “La primera noche de cementerio” y “Páginas muertas”, incluidos en la recopilación de relatos *Prometeo y Cía*. Desarrollaremos cómo el punto de vista del médico higienista es de suma importancia y se evidencia a través de, por ejemplo, la elección de terminología médica en los pasajes descriptivos, la recurrencia del tema de la muerte, la preocupación por las políticas públicas, y el concepto acerca de la naturaleza y “lo natural” que se desprende de los textos. Partiremos de la idea de que, a pesar de pertenecer a la élite gobernante de los ochenta, Wilde no reproduce en su totalidad el discurso positivista de la ciencia, que confía en el progreso indefinido de la humanidad gracias al desarrollo científico, sino que muestra en su escritura de ficción una mirada crítica que trasluce las limitaciones de la medicina.



**REVISTA ÚRSULA N°2
(2018)**

Eduardo Wilde como “médico-político”

Hacia fines del siglo XIX en Argentina se produce un proceso de modernización y consolidación del Estado sobre las bases del liberalismo político y económico. Paralelamente y de la mano del crecimiento urbano, se producen una serie de epidemias que provocan una gran mortandad y cambios en la distribución de la población de Buenos Aires. En este contexto, la figura del médico higienista emerge como un agente social de gran importancia, tanto como profesional que interviene personalmente en ayuda de la población, como político que impulsa medidas en relación con la salud pública. Seguimos el concepto de “médico-político” así descripto por González Leandri, del que Wilde es un gran exponente:

La de médico-político fue una figura “notable” y pública que ocupó un espacio en el que se articularon aspectos nuevos y tradicionales de la realidad socio-profesional de los médicos. Guillermo Rawson, pero sobre todo Eduardo Wilde, miembros de distintas generaciones médicas, próceres ya en vida, fueron tal vez los casos más transparentes. La cuidada construcción que hicieron de sí mismos como personajes públicos contiene notables dosis de elementos colectivos. Asimismo emergieron como “técnicos”, pero, exacerbando a la vez el carácter político de los espacios que ocuparon (428).

El campo de acción del “médico-político” se expandió desde la medicina hasta otros campos de interés público, por lo cual no ha de sorprendernos la irrupción de comentarios anticlericales, de crítica a las instituciones, o sobre temas de educación pública en la escritura de Wilde, quien, al igual que otros contemporáneos¹, escribía como una ocupación secundaria y de manera no profesional. Por otro lado, las condiciones de producción del texto que nos ocupa no eran las mejores para Wilde ya que su carrera política estaba en decadencia desde la caída del Juarismo² y su imagen pública se veía mancillada por los rumores sobre escándalos personales³. La recopilación de varios de sus textos en *Prometeo y Cía.* entonces surge como un recurso para desviar la atención de esos problemas hacia su figura como escritor y, simultáneamente, para reconstruir su imagen pública. Sin embargo, en sus textos no construye una imagen monolítica y heroica del médico, sino que muestra los problemas, las preocupaciones y los dramas a los que se enfrenta en su actividad como profesional.

La mirada médica encarnada en el texto: naturalismo y posicionamiento político

Como explica González Leandri, en esta época “una mirada teñida de componentes biológicos comenzó a impregnar gran parte de las interpretaciones sociales” (422). Dado que la biología se transforma



en la ciencia de más desarrollo de la mano del darwinismo, sus conceptos empiezan a filtrarse en otros discursos, desde la medicina pasando por la sociología y llegando hasta la escritura literaria, de lo cual es un elocuente ejemplo el movimiento Naturalista en las artes. La mirada propia del profesional de la salud se ve reflejada en la obra de Wilde principalmente de dos maneras: por un lado, se atisba en las temáticas, la selección léxica y la estética naturalista de sus descripciones y, por el otro, en la irrupción de temáticas vinculadas a la esfera pública y posturas anticlericales.

“Tini” es el melodramático relato de la enfermedad de un niño y su muerte, condensando dos temas que aparecen obsesivamente en la producción de Wilde. Tini crece bajo la vigilancia del médico de cabecera, con el cual la familia, perteneciente a una clase acomodada, tiene una estrecha relación: “Solía también mascar las cabezas de los soldados de palo que le compraban; tales atentados motivaban invariablemente una visita médica” (Wilde 86)⁴. En este cuento, se describe al pequeño enfermo como un ser angelical: “varios médicos examinaron a Tini y él soportó con mansedumbre angelical aquellas molestas investigaciones” (85), y se señalan las etapas de su crecimiento, como cuando empieza a caminar o dice sus primeras palabras, a efectos de añadir dramatismo al trágico final. Se hace especial foco, asimismo, en la representación del dolor maternal frente a la enfermedad del hijo, la cual, si bien no está exenta de melodrama y patetismo, es también sumamente conmovedora y capaz de producir empatía en el lector: “El silencio se había hecho en la casa, pero había un sitio en que comenzaba a levantarse una tormenta: el corazón de la madre; hubo unos ojos que no se cerraron y un cuerpo estremecido que se revolvía en el lecho sin encontrar reposo” (88).

En “La primera noche de cementerio” se describen los efectos de la descomposición de los cadáveres a la manera de la fantasía de un “muerto vivo”. Se dice que éste “Quiere mover los brazos, pero sus músculos han comenzado a ablandarse por la descomposición; luego, el vientre se le ha hinchado enormemente; (...) el gas comienza a escaparse por la nariz y la boca, en cuyas aberturas se acumula un montón de espuma” (125). Las imágenes de la degradación se suceden, bajo la influencia del Naturalismo, con voluntad mimética y acompañadas por un léxico de gran precisión técnica, como se ve en el siguiente pasaje: “Los ojos del cadáver se llenan de lágrimas amoniacales y un sollozo con olor sulfídrico (*sic*) se escapa por sus fauces hinchadas” (126). Por otra parte, el macabro sensualismo presente en la descripción del cadáver femenino: “Las ropas han caído entre los muslos formando canaletas por las que corre un líquido ocre y espeso” (130) es deudor del Decadentismo.



**REVISTA ÚRSULA N°2
(2018)**

En cuanto a las preocupaciones políticas de Wilde, en “Tini” se deslizan comentarios anticlericales que se pueden relacionar con la postura del autor, quien fue un gran impulsor de las leyes laicas. Un ejemplo de esto es un diálogo entre el médico y la madre: “-Será un famoso guardia nacional si la naturaleza lo permite! -Si Dios quiere, diga, doctor –objetó la dama. -Bien, si Dios quiere; en materia de creencias, tengo las de mis enfermas distinguidas” (84). Del mismo modo, en “La primera noche de cementerio” los cadáveres siguen discutiendo sobre temas políticos incluso después de la muerte, y el protagonista se pronuncia fervientemente en contra de la Iglesia y en alabanza de la libertad de prensa: “la prensa libre, hija legítima de la invención de Gutenberg, difundidora de las ideas elevadas, fuerza que ha roto las cadenas de la esclavitud y ha propagado la omnipotencia del pensamiento humano, sepultando en el fango la inquisición y la tortura” (300), mientras trepa sobre el Mausoleo de la Sociedad tipográfica, que había sido uno de los gremios más combativos de la época. También se remarca, irónicamente, que los cuerpos del cementerio tienen la suerte de estar “libres de la persecución por deudas y de los mandatos de desalojo emanados de algún juez de paz sin alma” (128), eco del pensamiento liberal de la Generación del ochenta en la Argentina, que se declaraba en contra de la intervención estatal en temas económicos.

La naturaleza y “lo natural” como límite para la intervención del hombre

La naturaleza, objeto de estudio lógico para las ciencias naturales, entre ellas, la medicina, cobra un singular protagonismo en la escritura de Wilde bajo múltiples aristas. Para Wilde, lo natural representa lo vivo y lo dinámico, pero también puede ser entendido como lo contrario a la afectación y al artificio. En este segundo sentido puede extenderse al lenguaje que utiliza Wilde, según señala Enrique Pezzoni: “Si algo ataca Eduardo Wilde, provinciano convertido en porteño, es al enemigo de la naturalidad, la afectación” (256). Un ejemplo de esto es cuando se censura la hipocresía de los que atienden a un funeral y dan pomposos discursos fúnebres en “La primera noche de cementerio”: “¡Fórmulas, fórmulas, fórmulas! ¿Dónde se anida el sentimiento por el muerto?” (121).

La relación entre escritura y vida se puede apreciar especialmente en el cuento “Páginas muertas”. Allí se describe la escena de escritura del texto como una exhumación en la que las páginas “parecían restos cadavéricos amontonados en una fosa común y yo mismo me hice el efecto de estar practicando una exhumación” (200), con lo cual se “traslada la tensión entre vida y muerte a la escritura misma” (Iglesia 245) y quedan unidas las figuras de escritor con la del



REVISTA ÚRSULA N°2
(2018)

médico-político, ya consagrada en el imaginario de los lectores de Wilde. Este texto también revela una profunda preocupación por la diferencia entre la naturaleza y lo artificial, en torno a la cual se construyen una serie de asociaciones y se articula una reflexión metalingüística en la que la voz narrativa se mimetiza con la voz autoral. El narrador, al leer un conjunto de textos, exclama que “¡Todos, en suma, recordaban algo muerto!” (200), reconociendo, por un lado, la repetición de temas como la muerte o la enfermedad a lo largo de su producción, y, por otro lado, estableciendo un tono de melancolía por la pérdida y la añoranza de una “edad dorada”, “placeres desvanecidos”, “bellezas perdidas” (200) relacionada con la capacidad de la escritura para congelar, como si fuera una instantánea, el pensamiento que fluye, pero sin nunca lograr asirlo en su totalidad: “¡Muertas como los sedimentos de la vida mental fijada en ellas, al destilar sobre sus frases las gotas sentimentales de cada hora” (200). Parece haber una insatisfacción, causada por la pérdida de estos fugaces momentos vitales, que la escritura nunca alcanza a suplir: “entre la nota real del sentimiento y la expresión helada de las letras, hay siempre un abismo que el comentario no colma o sobrepasa” (201). Asimismo, esto representa una reflexión sobre la distancia que se produce entre el autor, su propio escrito, y el lector que, aunque no es nombrado explícitamente, está presupuesto como destinatario de los textos. Sylvia Molloy afirma al respecto que “La expresión helada de las letras marca para Wilde un final, la fijación de una distancia irremediable entre lo escrito (helado, sólido, muerto) y lo “sentido” (la nota real, lo vivo, lo móvil)” (339). Para Wilde “lo natural” también es lo que está en movimiento, como un texto que circula y es leído. Por esa razón considera que sus páginas escritas “Unas tuvieron vida efímera ante el público en los periódicos; otras vivieron sólo en mi conciencia mientras las pensaba y escribía, vaciando la impresión de cada día en el papel, blanco entonces, pálido y macilento ahora!” (200). Con esto, se retoma la antítesis muerto/vivo que es motor de la escritura de Wilde.

Mientras en “Paginas muertas”, la muerte aparece unida a la artificialidad del lenguaje y la escritura, tanto en “Tini” como en “La primera noche de cementerio” se asocia a la enfermedad y la muerte como fenómenos naturales frente a los cuales los intentos artificiales de la medicina se revelan inútiles, ya que en ambos textos se muestran médicos que no son capaces de curar a sus pacientes, no por negligencia, sino por las limitaciones de la ciencia ante la fuerza de la naturaleza. En “Tini” se describe la labor del médico como una actividad llena de incertidumbres, vacilaciones, y procedimientos dolorosos. Se dice que “el médico observaba los progresos del mal y propinaba él mismo sus **inciertos** remedios” (91), y que a Tini le molestaban las investigaciones del médico, por lo que su mamá “con su mano temblorosa apartaba la



REVISTA ÚRSULA N°2
(2018)

del médico que iba a **martirizar** a su hijo” (92)⁵. Finalmente, se realiza una cirugía para salvarle la vida al paciente, pero esto no es mostrado como un triunfo de los avances de la ciencia, sino como un medio artificial y frágil que sólo retrasa el final natural de la vida: “sólo la cánula, sujeta a la garganta, daba indicios de vida, roncando flemas y sosteniendo **artificialmente** una existencia que se extinguía” (97). En “La primera noche de cementerio” se muestran las limitaciones de la medicina a través de la representación del remedio como un veneno inútil para la curación: “un verdugo bajo la forma de cuidadora, debe apretarle la nariz al pobre mártir, y derramarle en las fauces una cucharada de líquido corrosivo recetado con gran pompa, perfectamente inútil pero aprobado para el caso” (118). Asimismo, se ridiculizan los consejos del médico, que solo parece actuar para satisfacer a la familia en lugar de cuidar al paciente: “El de cabecera ha recomendado una puntualidad del Santo Oficio, obedeciendo a su deber profesional e inhumano. ¡Ningún médico se permite dejar morir en paz a su enfermo porque eso es contrario a la satisfacción de las familias!” (118).

Por otra parte, en el plano de la escritura, se señala la incapacidad del escritor para asir la parte vital del sentimiento y plasmarla en la “expresión helada de las letras”. Se dice al respecto en “Tini”:

Si hubiera palabras en algún idioma para describir el momento en que la madre de Tini volvió a ver a su hijo operado, yo intentaría bosquejar la escena, (...) y mostrar la tensión del llanto sujeto tras de los párpados por la intensidad de sentimientos contradictorios. Pero no hay tales palabras. La naturaleza ha puesto la expresión de los inmensos dolores fuera del alcance del lenguaje articulado, entregándosela a la música y a la pintura (93).

Como afirma Cristina Iglesia, “Tini”: “muestra el triunfo de la naturaleza sobre toda confianza en la ciencia y en la fe religiosa, y exhibe con orgullo la proeza de poner en palabras lo que parece imposible según el mismo texto” (243).

La naturaleza se presenta como una esfera disociada del hombre y opaca, ya que se manifiesta en un lenguaje en ocasiones incomprensible, como cuando sus sonidos anuncian, en un vano juego de homónimos, la enfermedad de Tini: “Crup dijeron los ruidos misteriosos de la noche; crup decía el viento que soplaba sus lamentos por las rendijas de las puertas; crup repetían los cascos de los caballos que pasaban de tiempo en tiempo” (89). En “La primera noche de cementerio”, por su parte, se refuerza la distancia que existe entre los ciclos naturales y la corta vida del hombre, que no llega a perturbarlos: “La cúpula del cielo con sus chispas brillantes continúa su marcha eterna por los espacios siderales, con aquella indiferencia que los fenómenos



REVISTA ÚRSULA N°2
(2018)

naturales ostentan ante los dolores humanos” (297). Según Pezzoni, para Wilde “hay que salvar lo natural del hombre” (253), ya que en el mundo moderno estas dos esferas están en permanente tensión.

Conclusiones

Podemos identificar la figura autoral de Wilde con la figura del médico-político, generada a partir de la alianza entre poder político y un grupo de médicos y profesionales que se sumaron al proyecto modernizador a partir de las últimas décadas del siglo XIX en la Argentina. El liberalismo, el positivismo y el higienismo fueron corrientes de pensamiento que influenciaron a estos profesionales y que provocaron el surgimiento de instituciones médicas de gran relevancia y trayectoria, así como el desarrollo de una intensa actividad científica en respuesta a diversos problemas sociales y especialmente al peligro de las grandes epidemias. En este contexto, los textos de Wilde, quien escribía como una actividad secundaria, “lo que David Viñas llamaría su *diversión de gentleman*” (Molloy 339), muestran marcas de la mirada de un médico interesado en las cuestiones públicas. Hemos señalado cómo este punto de vista se plasma en los posicionamientos políticos que se deslizan a través de comentarios de tono irónico en varios cuentos de *Prometeo* y *Cía.*, en los temas recurrentes de la enfermedad y la muerte, en la estética Naturalista, y por último, en la problemática antítesis vida/muerte que recorre la producción de Wilde como una isotopía que admite más de una interpretación.

El hecho de que la figura del médico y de la ciencia en los textos sea tratado con ironía y un tono pesimista podría parecer sorprendente, pero las causas de este hecho se pueden buscarse en la concepción de “lo natural”, la naturaleza y lo vivo como elementos eminentemente superiores e incomprensibles para el ser humano. Los ciclos de la naturaleza enmarcan la actividad humana, pero también se presentan disociados y separados del hombre moderno, cada vez más alienado del entorno en el que vive. El discurso científico aspira a comprender y explicar la naturaleza, pero se encuentra a sí mismo una y otra vez incapaz e insuficiente, en especial frente a la experiencia límite de la muerte a la que la medicina se enfrenta cotidianamente. En “Tini” no se logra comprender el mensaje de la naturaleza y en “Páginas muertas” se manifiesta la frustración de no poder representar cabalmente los sentimientos humanos. Que Wilde presente una imagen aparentemente negativa de la medicina no constituye, entonces, una crítica radical al Positivismo, sino un reconocimiento de ese abismo que se abre entre los esfuerzos artificiales del hombre y de la ciencia para detener la enfermedad, y las fuerzas arrolladoras de la naturaleza.



**REVISTA ÚRSULA N°2
(2018)**

Notas

¹ Ejemplos de lo cual pueden ser Domingo F. Sarmiento, Miguel Cané o Lucio V. Mansilla.

² Después de la llamada Revolución del Parque (1890), el presidente Miguel Juárez Celman debe dimitir en medio de una grave crisis económica y política.

³ Ricardo Rojas ya marcaba la caída en desgracia de Wilde, y el tratamiento humorístico que hace de ello, pero también su posterior reivindicación como escritor a través de la publicación de *Tiempo perdido*, *Prometeo y Cía.*, *Aguas abajo* y otros escritos: “La crisis de 1980 lo encontró caído y manchado por toda especie de calumnias, de las cuales él nunca se defendió. (...). Eduardo Wilde debe a estos libros el sitio de honor que ha conquistado en nuestra literatura” (Rojas 450).

⁴ Todas las citas de este texto se realizarán a partir de la misma edición, por lo cual a continuación se señalarán únicamente con el número de página.

⁵ El destacado en negrita es propio.

Bibliografía

GONZÁLEZ LEANDRI, Ricardo. “Miradas médicas sobre la cuestión social. Buenos Aires a fines del siglo XIX y principios del XX”. *Revista de Indias*. 2000: 422 – 435.

IGLESIA, Cristina. “Eduardo Wilde: la literatura como autopsia del sentimiento”. *El brote de los géneros*. Ed. Alejandra Laera. Buenos Aires: Emecé, 2010.

MOLLOY, Sylvia. “Lectura de Eduardo Wilde”. *Nueva Revista de Filología Hispánica*. 1973: 337 – 348.

PEZZONI, Enrique. “Eduardo Wilde. Lo natural como distancia”. *La Argentina del 80 al Centenario*. Comp. Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo. Buenos Aires: Sudamericana, 1980.

PREMAT, Julio. “El autor. Orientación teórica y bibliográfica”. *Figuras de autor*. Ed. Julio Premat. Saint Denis: Universidad de Paris 8 Vincennes, 2006.

ROJAS, Ricardo. “Los prosistas fragmentarios”. *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Guillermo Kraft, 1960.

WILDE, Eduardo. *Prometeo y Cía*. Buenos Aires: Colihue, 2015.